



AÑO I

→ BARCELONA 3 DE SETIEMBRE DE 1882 →

NUM. 36



SUMARIO

EL TEATRO ESPAÑOL, por J. R. R. — NUESTROS GRABADOS. — EL MARTIRIO DE LA GLORIA (*Novela de telon adentro*), *continuacion*, por D. Enrique Perez Escrich. — EL IDEAL, por Jacinto Octavio Picon. — NOTICIAS GEOGRÁFICAS. — NOTICIAS VARIAS. — CRÓNICA CIENTÍFICA, *El condensador parlante*.

GRABADOS. — EL AVARO, cuadro de P. Leopoldski. — LA FAVORITA, por Eduardo Richter. — EL AMOR Y LAS FLORES, por Berta Wegmann. — EL SUEÑO DEL PICAPEDRERO, dibujo de P. Grot-Johann. — JOYERO DE ORO ESMALTADO REGALADO POR EL REY DE SIAM AL PRÍNCIPE HEREDERO DE PRUSIA. — Lámina suelta. — LLAMAMIENTO DE LOS GIRONDINOS EL 30 DE OCTUBRE DE 1793.

EL TEATRO ESPAÑOL

Atraviesa el teatro español en estos momentos un período de lamentable decadencia. Por más que de ello pueda resentirse el orgullo nacional, debe reconocerse y confesarse un hecho que está en la conciencia de todos. Maíquez, Romea, Latorre y tantos egregios autores que hicieron un día las delicias de nuestros padres, no dejan tras de sí sucesores capaces de mantener el brillo de nuestra escena, y el público acude a ver las compañías extranjeras, ávido de disfrutar de lo que constituye quizás el principal encanto en la interpretación de una obra, es decir, de un conjunto cabal, acabado.

Y no es porque nos falten individualidades dotadas de talento, otras de instinto exquisito que cultivan el arte dramático y alcanzan frecuentes triunfos; pero éstas, faltas entre sí de cohesión y buena inteligencia, ó quizás sobrado recelosas de su nombre, suelen rodearse de medianías cuando no de nulidades para mejor brillar con el contraste.

Este hecho triste en demasía nos condena a una irremisible decadencia, porque no es este el mejor camino para formar una buena escuela que no nos deje huérfanos de buenos actores, cuando la muerte ó los años arrebatan a la escena alguna de las notabilidades que la ilustran.

Originase además este mal de diversas causas que apuntaremos aunque sea muy ligeramente.

Una de ellas, y no la menor por cierto, es el abuso de una cualidad, laudable muchas veces, pero sobrado propensa al extravío. Nos referimos al orgullo, a esa cualidad que lo mismo se traduce por noble emulación que por vanidad ridícula. El actor español generalmente es orgulloso. Desde que pisa las tablas por primera vez aspira a ocupar los puestos superiores. Hijo de una raza meridional irreflexiva pero impetuosa; ávida de elevarse a impulsos de su imaginación ardiente; más amiga de los golpes de audacia, que del estudio paciente; así como no hay militar en nuestro ejército que no se crea bueno para general, ni hay en las contiendas de los partidos políticao que no se considere digno de aprehender con una cartera de ministro, así también en el teatro no hay cómico medianero, no hay actor bisoño que no aspire a la plaza de primer galán y director de una compañía.

Y el tránsito se efectúa de ordinario con rapidez pasmosa, porque nuestro público es meridional, es impresionable también y ha de coadyuvar por secretas, recónditas é inexplicables simpatías al fin que el cómico ambicioso se propone. Así, apenas este aparece y muestra alguna cualidad, algún destello, véase al público aplaudirle lleno de irreflexivo entusiasmo, que es una especie de gas excelente para hinchar globos y dejar que se eleven por el espacio; y sucede de esta suerte que aquel actor que sería quizás con el estudio y bajo la tutela más ó menos prolongada de inteligentes maestros un perfecto galán joven, quédase transformado de golpe y porrazo en primer galán, con perfecto derecho, como los demás de semejante categoría, a hacer de su capa un sayo, a mandar en su casa ó en su teatro a riesgo de estrellarse en dificultades siempre superiores a sus medios.

Así es como talentos positivos se esterilizan por haberse apartado de la senda que les estaba marcada, y a eso se debe también que escaseen tanto los buenos actores encargados de desempeñar aquellos papeles que sin ser principales, tampoco pueden considerarse como secundarios, puesto que de su buena ó mala interpretación depende en gran parte el buen conjunto de una representación escénica.

¿Y qué diremos del descuido con que las obras suelen ponerse y los actores se presentan, aun en teatros de primera categoría? Muy recientemente vimos nosotros a un afamado actor, notable, si no por sus actitudes y por su figura, por su excelente manera de recitar los versos, representando el Segismundo de la *Vida es sueño* de nuestro inmortal Calderon de la Barca. Vestido de pieles y cargado de hierros yacía en el fondo de una caverna el desventurado Segismundo, y no obstante, ¡rareza singular! en uno de sus dedos destellaba con resplandecientes cambiantes una preciosa sortija. ¿Es esto comprensible en un actor de talento?

Nada diremos de los trajes, que en desarmónica confusión de épocas y países aparecen en una misma obra, defecto que no tiene disculpa en unos tiempos en que tantos progresos han hecho la historia y todas las ciencias auxiliares, como la indumentaria, hasta el punto de haberse vulgarizado esos conocimientos, merced a la gran difusión que alcanzan en nuestros días las obras que versan sobre tales materias. Sólo nuestros actores descuidan ese elemento de educación popular y artística, que podría contribuir poderosamente a formar el gusto de las multitudes y a ensanchar la base de sus conocimientos. En este punto nuestra escena rinde culto a la

rutina más desastrosa, en detrimento de la verdad y de la ciencia histórica, arraigando más y más una preocupación teatral, en que ya no sólo incurren los intérpretes, sino y muy principalmente los autores.

Créese generalmente, y si no se dice se practica, que la escena no es, como debe ser, el espejo de la verdad. Así pagamos todos desmedido tributo al convencionalismo, y son la mayor parte de las obras que se representan y se aplauden producto más ó menos valioso y estimable de la imaginación ó de la fantasía; raras veces reproducción fiel de la vida real. Tentados, sin duda, por las fascinadoras galas, por la pristina belleza que ostentan las gallardas producciones de los fundadores de nuestro teatro; admiradores de las brillantes imágenes, de los galanos conceptos forjados al calor del genio de Calderon, Alarcon, Lope de Vega, inmortales autores que simbolizan el siglo de oro de la literatura española, propenden nuestros autores a hacer gala de la rima de que es tan rico nuestro idioma, y el público se adormece al desarrollo del romance ó de la redondilla ó de la décima artificiosa, ó bien al són del bien timbrado endecasílabo, pasándole poco menos que inadvertido ó siquiera prestando escasisima atención a lo que debe ser el alma de toda obra destinada a la escena, es decir, a la lucha de afectos y pasiones, a la pintura de caracteres, a la novedad y al interés de las situaciones culminantes.

Se escriben dramas como se escriben óperas, y se va a oírlos como se oye una producción lírica, dando satisfacción al oído y no al corazón. Llenan las veces de arias largas tiradas de versos, suplen a los duos y tercetos diálogos rimbombantes en que chispea uno que otro pensamiento, uno que otro concepto poético, contenido muchas veces en los dos últimos versos de una redondilla, escritos ántes que los primeros por lo general endebles y vacíos. Buscad en estas producciones la verdad y no la encontrareis: el desbordamiento de la poesía lo ofusca todo. Convencional es el lenguaje, convencionales las situaciones, los personajes, la acción, todo es anómalo y falso, aunque sea todo poético y literario. La forma brillante absorbe el fondo, hasta el punto de ser muy contadas las obras de nuestro moderno teatro, que vertidas a un idioma extranjero y despojadas por consiguiente de los encantos de la rima, lleguen a recibir la sanción de otros públicos menos soñadores que el nuestro y más pagados del fondo que de la forma de las obras.

¿Por qué nuestros autores no escriben en prosa? No será porque carezcan de modelos. A principios de este siglo Moratin con *El sí de las niñas*, y en nuestros tiempos Tamayo con su *Drama nuevo*, demuestran que el idioma castellano es sobrio, preciso, elegante y se presta admirablemente como el que más, al tono y a las exigencias del lenguaje escénico.

Y la versificación, no hay que desconocerlo, es otro de los torcedores de los artistas dramáticos. Nada como ese lenguaje medido y pesado para encaminarles al sononete y por ende al amaneramiento. Rarísimos son los que dominan la rima doblegándola a su antojo; casi todos se dejan arrastrar y conducir por ella inconscientemente. Empiezan hablando y acaban cantando, y luego es tarea penosa y para muchos imposible recobrar la elasticidad, la soltura tan necesarias en los actores.

Tales son, en resumen, algunas, no todas las causas de la postración de nuestro teatro. Dependen unas de la índole de las producciones escénicas, y otras del carácter peculiar de nuestros actores. Hora es ya de que aquellos se infundan en el espíritu moderno, pues cada edad tiene sus manifestaciones propias y especiales. Al siglo de la poesía ha sucedido el de la prosa; sobre la fantasía predomina el pensamiento; sobre la imaginación asaz propensa al desvarío, la observación de la naturaleza, ó por decirlo en otros términos, el naturalismo. No es este la copia servil, ni el remedo de la vida real, sino la manifestación de la verdad y la belleza depurada por el arte. Este y no otro es el sello característico del teatro de nuestros tiempos, y así las obras que a tal criterio obedecen no conocen fronteras, y quedarán como documentos fehacientes de nuestros gustos, de nuestra cultura y de nuestras costumbres.

A los mismos medios que los autores deben acudir los intérpretes de sus obras, teniendo presente que la mejor escuela es la naturaleza, el método mejor la observación, y el procedimiento más seguro para rehabilitar nuestro decaído teatro un amor al arte que profesan, elevado a la altura de sacerdocio, en que no se conozcan ni las miserias personales, ni las mezquinas rivalidades, origen perenne de decadencia y ruina.

J. R. R.

NUESTROS GRABADOS

EL AVARO, cuadro de P. Leopoldski

Aguardó que cerrara la noche y maldijo de la luz de las estrellas que le parecía más resplandeciente que la del sol. Tanto deseaba ocultar sus actos. Caló el rudo sombrero, se envolvió en la exigua capa, y a guisa de fantasma penetró en la cueva, como pudiera el ladrón que fuese a sorprender el tesoro ajeno. Rechinó la llave en la enmohecida cerradura, y figurósele el gemido acusador de una víctima de su avaricia. Atrancó una tras otra las macizas puertas, y cuando llegó al *sancta sanctorum* de su maldito templo amasado con lágrimas, la luz temblorosa de un farol agonizante rieló sobre un montón de oro, como la luz de la luna riela sobre una losa

de mármol. Entónces metió sus brazos enjutos en el vil metal hasta los codos, como el tigre mete la zarpa en las entrañas de sus víctimas, y rió como deben reír los condenados cuando atormentan a sus compañeros de martirio. Al terminar su expedición, se retiró ojoso, lívido, temblando al simple ruido de sus propios pasos, temeroso de su escuálida sombra. Cuando el aire fresco de la noche hiere su frente, presta oído a los más insignificantes rumores, porque en la conciencia del avaro el plácido arrullo del céfiro ruge como un coro de maldiciones. Huyendo de sí mismo, busca en el sueño el olvido de la pesadilla; y el sueño es en él contraproducente, porque durante ese sueño se le aparecen legiones de fantasmas que penetran en la estancia donde guarda su tesoro por las más estrechas rendijas y hasta por los microscópicos agujeros que abren los gusanos roedores. Viene un día en que la luz del sol no ataja el delirio; sus ojos diminutos saltan de las órbitas, sus manos buscan a tientas el tesoro que representa tantas crueldades.... y el infeliz avaro muere rodeado de sus presuntos herederos, que al verle exhalar el último suspiro, exclaman alborozados:

— ¡Por fin se lo llevó el diablo!...

LA FAVORITA, por Eduardo Richter

¿Qué cosa es una favorita en un harém? Por de pronto es una mujer hermosa, muy hermosa, tan hermosa como desgraciada. ¿Cómo ha llegado al Serrallo? Quizás fué adquirida en un vergonzoso mercado, quizás un amigo espléndido la ha regalado a su actual dueño, como pudiera haberle regalado un caballo ó un perro de caza. También es posible ¡horror causa el pensarlo! que sus propios padres hayan cultivado su belleza para tentar un día con ella los apetitos brutales de un poderoso hastiado de placer. Desde que se cerraron para ella las puertas del harém, ha perdido para siempre su libertad, hasta la libertad de su pensamiento, porque su señor, que a tenor de la ley tiene tantas mujeres cuantas pueda mantener, es en extremo celoso, y los eunucos, asquerosos guardianes de aquella prision embellecida, sienten un placer sin igual cada vez que ciñen el hermoso cordón de seda y oro a la garganta alabastrina de una favorita infiel. Aparte de esto, la favorita puede exigir cada día un nuevo collar de perlas de Ofir, un nuevo abanico de blanquísimo marfil y escogidas plumas de avestruz, nuevos chales de Cachemira y nuevas esclavas a quienes torturar física y moralmente; puede asimismo comer cuantos dulces apetezca, tomar en copas de cristal purísimo los helados que desee, aspirar el aroma del benjuí que se exhala de pebeteros de oro ó el de los azahares que florecen en bosques de hadas; puede murmurar de sus compañeras cuanto la envidia le exija y adormecerse al grato rumor de las fuentecillas, bajo un dosel de rosas de Alejandría, mientras sus esclavas ¡esclavas de otra esclava! entonan dulces canciones acompañadas en sonoros laúdes. Todo esto puede, y puede además morir de fastidio, y estar tentada un día de arrojar del alto mirador, desde el cual descubre a las mujeres cristianas, más pobres que ella, más feas que ella, pero más felices que ella, puesto que al menos son libres...

EL AMOR Y LAS FLORES,
por Berta Wegmann

Donde hay juventud hay amor, y donde juventud y amor y flores, hay un pedazo de paraíso. En él se encuentra la simpática pareja de nuestro grabado, cuya vista producirá indudablemente en muchos amartelados amantes una comezon irresistible de ascender a novios; estado de beatitud que constituye el periodo bello de la existencia humana. Novios son, con efecto, nuestros jóvenes; bien lo demuestra la confiada distancia que media entre ellos y los respetables papás de la niña. El bizarro galán dirige flores a la garrida novia, que las recoge con singular fruición. Al mismo tiempo, y con infantil coquetería, llena la falda de su vestido con los más hermosos ejemplares del jardín; pero las más fragantes rosas tienen apenas perceptible aroma comparadas con el azahar que exhala el labio del sér amado. ¡Dichosa edad de la juventud que así siente y así inspira!... Dejád que los novios corran por sendas cubiertas de flores; no se os ocurra ridiculizar el idealismo en que viven las almas honestamente enamoradas.... Demasiado pronto se desvanece la dicha verdadera, que nunca proporcionará el grosero materialismo de aquellos burlones.

EL SUEÑO DEL PICAPEDRERO,
dibujo de P. Grot-Johann

Apoyado en el endeble andamio suspendido entre los innumerables haces de pilares, robustos machones que sostienen la aérea bóveda del tempo ojival, a trechos iluminada por los tornasolados rayos de la luz, el modesto artesano se ha dormido: sueña acaso en una vida más brillante y en otro porvenir más glorioso; y en tan poético ensueño parece sonreírle ese ángel cuyo rostro acaba de cincelar, espíritu celeste que bate sus alas como queriendo desprenderse del capitel. ¡Fiel retrato de la vida! Las más nobles aspiraciones alientan asimismo en esas alturas, donde un rayo de la luz del cielo ilumina a intervalos las tinieblas que rodean al espíritu!

Joyerero de oro esmaltado regalado por el rey de Siam al príncipe heredero de Prusia

La preponderancia que en Europa ha alcanzado el imperio alemán, parece haber llamado la atención de algunos soberanos asiáticos, que se han apresurado a entablar relaciones con el mismo. El rey de Siam, entre

otros, ha enviado á este objeto á Berlin tres misiones compuestas de altos dignatarios, obsequiando al emperador Guillermo, así como á las personas de su familia, con magníficos presentes, entre los que merece mencionarse el regalo de boda destinado al príncipe Guillermo. Esta obra artística es de oro con esmaltes y lleva una dedicatoria del augusto donador. Nuestros lectores podrán formarse cargo por el grabado de la pág. 288 de la altura á que se encuentran en Siam la industria y el arte.

LLAMAMIENTO DE LOS GIRONDINOS
el 30 de octubre de 1793

La *Historia de la Revolución francesa* por Thiers describe patéticamente todos los incidentes de aquella siniestra jornada, que de tan lúgubre manera terminó los debates iniciados seis días antes. Seguramente no ignorará el lector que el tribunal revolucionario, alarmado por la simpática acogida que de todo el auditorio merecieron las contestaciones de los acusados, y sobre todo la calorosa elocuencia de Vergniaud, llamó en su ayuda á la Convención, la cual no vaciló en aplicar al proceso que se sustentaba una jurisprudencia improvisada, declarando que la conciencia de los jurados estaba suficientemente ilustrada.

M. Flameng ha elegido para asunto de su magnífico cuadro la noche de aquel día nefasto. Las víctimas del furor revolucionario están reunidas en la cárcel de la Conserjería cuando las llaman, despues de celebrar juntas su última cena, para conducir las al suplicio. El artista ha sabido agrupar admirablemente los últimos defensores de la ley y de la libertad con los soldados y esbirros que acompañan al representante del tribunal. Véase allí á Brissot, á Vergniaud, al abate Fauché, al enérgico Carra, al valeroso Gensonné en ademán de hablar, á los jóvenes hermanos Ducos y Fonfrede, todos en actitudes dignas y enteras, como digno y entero era su carácter; y para completar el cuadro, figura en primer término el cadáver de Valazé, quien se había clavado un puñal en el pecho tan luégo como se le notificó su sentencia de muerte.

Todos ellos marcharon al patíbulo serenos, entonando el conocido himno de los marseleses, y lamentando, no su terrible suerte, sino los males de la patria. — «Muero el día en que el pueblo ha perdido la razón, dijo Lathource con ademán profético dirigiéndose á sus verdugos: ¡ay de vosotros el día en que la recobre!»

Y así fué, pues aún no había trascurrido un año, cuando rodaban en el cadalso las cabezas de los principales jefes de la furibunda Montaña, expiando con su sangre la generosa sangre de los girondinos, tan inhumanamente vertida por ellos.

EL MARTIRIO DE LA GLORIA

Novela de telon adentro

POR DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH

(Continuacion)

—¡La hija de Angela!—exclamó el duque soltando una homérica carcajada que heló la sangre en las venas de Octavio.—¡La hija de una cómica! ¡Casarse el heredero de mi título con una *ratita* de bastidores! ¡con una *princesa* de telon adentro! ¡Bah! esto será una broma tuya.

—No, padre mio,—añadió Octavio conteniéndose,—no se trata de una broma, se trata de una necesidad de mi alma, amo á María.

—Pues bien, si la amas,—añadió con tono imperioso el duque,—puedes hacerla tu querida, pero nunca tu esposa.

Y ántes de dar tiempo para contestar á Octavio, el duque añadió descargando un terrible puñetazo sobre la mesa que produjo sus desperfectos naturales:

—Estaría bien que ahora que S. M. la Reina te ha buscado una ahijada suya y te ha hecho el honor de elegirte para que te cases con ella, fuéramos á decirle: «Señora, mi hijo no acepta el partido que V. M. le proporciona, desprecia á la espiritual duquesita del Radio, porque como una muestra de su carácter democrático está resuelto á cometer la estúpidez de casarse con la hija de una cómica. V. M. hará muy bien en reirse de esta aberracion inexplicable y cerrarnos las puertas de su palacio compadecida de la vergüenza que arroja el último vástago de los Monte-escueto sobre las gloriosas tradiciones de sus heroicos antepasados.»

—Padre mio, yo creo que en todo eso hay algo de exageracion,—se atrevió á decir Octavio.

—Sí, tienes razón, he sido exagerado y retiro todos mis discursos; mañana á la una iremos á palacio, la Reina te propondrá el enlace con la duquesita del Radio, tú darás tu palabra de honor de aceptar con orgullo y reconocimiento la esposa que S. M. te ofrece y dentro de muy poco tiempo se celebrará vuestra union en la capilla real, siendo vuestros padrinos los reyes de España; no tenemos por consiguiente nada más que hablar en este asunto. Si la hija de esa cómica te gusta puedes hacerla tu querida, comprarle un coche y un hotelito que es

el sueño dorado de todas esas reinas con corona de carton y cetro de madera.

—¡Oh! María no aceptará nada mio más que mi mano,—exclamó en un arranque de despecho Octavio.

—Tanto peor para ella, porque tu mano no puedes ofrecérsela sin que caiga una gran vergüenza sobre nuestro nombre, sin que expongas las honradas canas de tu padre al desprecio de palacio y á la rechifla de la aristocracia. Yo nunca te daré mi consentimiento; piénsalo bien, hijo mio, piénsalo bien, y evítame un gran disgusto.

Octavio estaba anonadado ante la energía de su padre. Las nobles y hermosas facciones del anciano se hallaban contraídas y un temblor nervioso agitaba su cuerpo.

De repente se levantó y dijo con una severidad notoria:

—Conde de Valaoz, sígueme.

Octavio se levantó á su vez y siguió á su padre.

El duque cruzó varias habitaciones y entró en un régio salon cuyas paredes se hallaban adornadas con los retratos de sus antepasados.

Una vez allí, dirigió una mirada en derredor suyo, como saludando á todas aquellas venerables cabezas.

—Octavio,—dijo con solemne entonacion,—nos hallamos en presencia de nuestros antepasados, de nuestros gloriosos abuelos; ese es el fundador de nuestros títulos: en una batalla memorable, atravesado el cuerpo por tres flechas, herido el rostro por una terrible cuchillada, encontró á su rey desmontado y falto de aliento por la mucha sangre que había perdido su cuerpo, le cogió entre sus brazos de atleta y levantándolo le dijo: «Señor, yo te salvaré y me salvaré, ó ambos pereceremos en la demanda; muy cerca de estos sitios existe una cueva y en ella un manantial de fresca y saludable agua que apagará la sed de tu garganta y aliviará el dolor de tus heridas.—¿Dónde está esa fuente?—preguntó el rey con desfallecido acento.—Detrás de ese monte-escueto,—contestó el soldado.» Y allí le condujo nuestro antepasado con heroico valor; el rey se salvó y en recompensa de su conducta, en agradecimiento á la vida nombró á Garcí Nuñez primer duque de Monte-escueto y le dió tierras, privilegios y propiedades para mantener dignamente los blasones con que le había honrado. Desde entónces han trascurrido ocho siglos y los reyes siempre han intervenido en los matrimonios de nuestra familia. La historia guarda para los duques de Monte-escueto páginas de gloria imperecedera. Esta es tu madre; pues bien, en presencia de nuestros antepasados te juro que si me desobedeces, si protegido por las leyes modernas te casas con la hija de una cómica, arrojando sobre nuestros tímbrs la vergüenza de nuestro incomprensible proceder, en este mismo sitio y en presencia de estos retratos que nos miran y tal vez nos oyen, te juro que una hora despues de casarte tú con la cómica, me levantaré la tapa de los sesos. Nada más tengo que decirte.

Y el duque salió del salon con paso firme sin esperar la respuesta de su hijo.

Octavio se quedó anonadado: conocía á su padre y no dudaba que cumpliría su juramento.

Dejóse caer en un antiguo sillón salomónico y llevándose las manos al rostro, murmuró en voz baja:

—¡Pobre María!

CAPITULO IV

EL PRIMER SÍNTOMA

Octavio no fué aquella noche al teatro. ¿Y para qué, cuando sólo podía ser mensajero de malas nuevas?

María le esperaba con más impaciencia que nunca. Pasó el primer acto y se dijo: «Vendrá despues»; pero pasó el segundo y pasó el tercero, y el conde de Valaoz no se presentó en el cuarto de la actriz llenando de luz el alma de aquella pobre niña con su presencia y de alegría su corazón con el melodioso eco de sus palabras.

Entónces una sospecha cruzó por la virginal imaginacion de la niña:

—¿Le habrá despedido mi madre?—se preguntó. Y sintiendo una emocion en todo su sér, volvió á decirse:

—¿Estará enfermo?

Esta sola idea la causó un profundo disgusto.

Angela mientras mantenía una conversacion general con sus amigos, estudiaba á su hija; su exquisita penetracion de madre la tenia sobresaltada.

Al terminar la funcion, cuando subieron al coche que debía conducir las á su casa, Angela maquinalmente cogió una de las manos de su hija.

Aquella mano ardia, tenia calentura.

Angela no pudo dormir; se levantó tres veces

durante la noche y siempre al acercarse á la cama de su hija la encontró con los ojos abiertos.

María al ver á su madre que se acercaba con cuidado y procurando no meter ruido, le decia sonriéndose:

—No duermo.

—¿Por qué no duermes?—le preguntaba su madre.

—Lo sé yo por ventura; no tengo sueño, quiero dormir y no puedo.

Angela se acostaba sin entrar en una discusion sobre la falta de sueño de su hija; sospechaba la causa, pero no estaba en sus manos combatirla.

Al día siguiente por la tarde un criado con la librea de los duques de Monte-escueto se presentó en casa de Angela con una carta.

Esta carta era de Octavio. La actriz para leerla fingió un pretexto y se encerró en su gabinete.

No dudaba que era portadora de malas nuevas. La carta decia así:

«Sra. D.^a Angela Serrate.—Muy señora mia y distinguida amiga: He sido nombrado primer secretario de la embajada de Paris y parto esta noche. No tengo valor para despedirme personalmente de V. y de María, cuyo recuerdo llevo en mi alma; cumpla á V. mi palabra por doloroso que sea; Dios quiera que la ausencia borre de su memoria y de su corazón el naciente amor que conturba el espíritu virginal de ese hermoso ángel á quien tanto amo, Dios quiera que María sea tan feliz como merece serlo, Dios lo quiera.

»Debo á V. una explicacion y voy á dársela en esta carta de despedida.

»Ayer intenté persuadir á mi padre de que mi felicidad en la tierra consistia solamente en dar mi nombre á la mujer que amo, pero mi padre juzgó sin duda mis deseos como un capricho de la juventud que pasa y se desvanece y con la energía propia de su carácter se negó á darme su consentimiento; tuvimos lo que se llama una terrible batalla de familia, batalla que terminó con un juramento hecho por mi padre en presencia de los retratos de nuestra familia, que me llenó de espanto, porque conociendo al duque de Monte-escueto le creo muy capaz de llevar á cabo su juramento. Ruego á V. me dispense si no puedo decir ni una sola palabra sobre este asunto.

»Como si no fuera bastante la negativa y el juramento de mi padre para levantar un mundo de obstáculos entre María y yo, hoy he estado en palacio á despedirme de S. M. la Reina, y otra nueva valla se levanta ante mi felicidad.

»La Reina que me ha demostrado siempre un cariñoso afecto, me ha dicho:

«—Octavio, te he buscado una novia y quiero ser madrina de tu boda. Dentro de un año, cuando vuelvas de Paris, te casarás con la duquesita del Radio; ya sabes que es mi ahijada, su padre va de embajador á Paris, procura ir conquistando su corazón, lo cual no te será muy difícil.

»Despues de esto ¿qué puedo yo decir? mi padre y mi reina me cierran el camino de la felicidad.

»No volveré á ver á María, ¿pero será V. tan buena que de vez en cuando me dé V. noticias tuyas?

»Su amigo, ya que no puede ser su hijo.—Octavio Valaoz.»

Angela se sintió conmovida leyendo aquella carta.

La ausencia de Octavio le daba alguna esperanza de que su hija le olvidaría. La pobre madre ignoraba que el amor que había nacido en el alma de María era uno de esos amores que matan cuando no son correspondidos.

Trascurrieron ocho días. Una noche María preguntó á su madre:

—¿Has reñido con el conde de Valaoz?

—Reñir yo, qué disparate, no, hija mia, ¿porqué me lo preguntas?

—Como no viene.

—¿Pues qué, no sabes,—añadió Angela afectando indiferencia,—que está en Paris?

—¿Se ha marchado?—preguntó María palideciendo notablemente.

—Sí, la Reina le ha colocado de primer secretario de la embajada, es un bonito destino para un joven que se dedica á la carrera diplomática.

—¿Se ha marchado sin despedirse?...—repitió María como si diera vueltas en su imaginacion á una idea confusa.

Y como el silencio de su madre afirmó su pregunta, dejó caer la cabeza sobre el pecho exhalando un suspiro.

Angela fijó una profunda mirada en el abatido rostro de María y rodeando cariñosamente un brazo por su cintura la dió un beso en la boca diciéndole al mismo tiempo:

(Continuará)



LA FAVORITA, copia de un cuadro de Eduardo Richter



EL AMOR Y LAS FLORES, cuadro de Berta Wegmann

EL IDEAL

El doctor X.... fué un hombre verdaderamente extraordinario. Aun me parece que le veo: alto, seco, nervioso, enjuto de carnes, con su barba blanca, un gorro negro, casi puntiagudo, y una ancha toga de paño color de ala de mosca que al par que de recuerdo del profesorado le servía de abrigo en las noches de invierno, cuando sentado cerca de la lumbre leía silenciosamente en tanto que la lluvia golpeaba los vidrios y el viento combatía las puertas.

De carácter extremadamente bondadoso, con todos era amable; nadie pudo quejarse de no hallar en él consuelo para las contrariedades ó consejo en las dudas; trataba como á madres á cuantas mujeres honradas conocía; hijos suyos parecían, por el mimo con que los atendía, cuantos niños se le acercaban; los hombres eran para él, si buenos, hermanos respetables, si delincuentes, esclavos del error cuyas almas había que reconquistar.

El Doctor escribió poco y pensó mucho; nada se conserva de sus obras; á publicarlas hubiera trastornado la marcha de la humanidad: sus afirmaciones, estudios y creencias le hubiesen quizá valido en pleno siglo XIX los honores de la Inquisición. Pero el buen sabio, que daba prueba de serlo no aspirando á la celebridad por el martirio, me confió sus originales con expresa prohibición de publicarlos, orden que yo respeto, sobre todo por no ver á la imprenta nuevamente calificada como instrumento de revoluciones.

No creo que tuviera escuela fija, ni que siguiera las huellas de filósofo alguno. Era ante todo observador, estudiaba los mil aspectos que la vida ofrece, lo analizaba todo, dudaba mucho y no negaba nada: como sus dudas eran grandes, sus afirmaciones eran raras, y su fe no andaba muy segura: gozaba más que haciendo el bien, perdonando el mal que recibía, y era, en fin, hombre de tales condiciones que si la razón fuera la que hiciese santos, se le hubiera canonizado ántes de morir. El pensador aparecía en él como una mezcla de escéptico y filántropo, era en resúmen tal y tan bueno que ántes que respeto infundía veneración sincera.

El resúmen de sus proyectos, el compendio de sus ideas, sería largo y fatigoso para el lector; pero como muestra de las reformas que, á poder, hubiera introducido en el sistema del mundo y el orden de la Naturaleza, palabra que, dicho sea de paso, escribió siempre con ene mayúscula, hé aquí algunas: pensó que la limosna pudiera darse con la voluntad y no con el dinero; deseó la supresión del agradecimiento porque no existiera el sentimiento contrario de la ingratitud; quiso que la belleza radicase en el ojo y no en la cosa vista; dijo que el derecho debía ser tan fatal y necesario á la vida moral como son necesarias y fatales las leyes de la Naturaleza, y sostuvo que no sucediendo así, nadie debía venir al mundo sin conocer de antemano la legislación á que viviría sometido y los medios que tendría de infringirla. En política reconocía á los más, todo derecho que no fuera contrario al de los menos; en artes, rendía culto á la verdad poetizada y no admitía poesía fuera de lo natural y humano; lo único inagotable que había á sus ojos era el bien, quizá por ser aquello de que se sentía más capaz y, dejando aparte su ciencia, era tan bueno, que cuantos le conocimos creíamos que no podría morir hombre como aquel sin que al cerrar los ojos se extinguiera alguna claridad en el espacio.

Una de las innovaciones con que más encariñado estaba se traducía en un gran empeño por aplicar á las pasiones y los sentimientos el método experimental, pensando que las facultades morales podrían analizarse colocando al corazón ó la cabeza en una serie de situaciones que fueran para la razón y el sentimiento lo que reactivos, crisoles y alambiques son para los cuerpos materiales.

Una tarde, que juntos discurríamos por el jardín de su casa, manifestéle las dudas que sobre el particular tenía, y queriendo convencerme de la bondad de su sistema—«Voy á contarte uno de mis experimentos.»—me dijo; y en tanto que cogidos del brazo paseábamos bajo los altos árboles que á un extremo de la propiedad se alzaban, habló de este modo:

—Si algo hay grande para nosotros en la vida, es seguramente el ideal á que aspiramos; de quien no le tenga podrá decirse que vegeta ó se mueve, pero no que vive: y ofreciéndose el amor á nuestra alma como bien supremo, claro es que el ideal de él emanado será también el ideal supremo, que cada uno concibe según la noción que del amor se forja. Desde aquella que le considera como un destello de la divinidad tomando morada en cuerpo humano, hasta la que mira en él una enfermedad que se cura con sangrías y paños de agua fresca, se han echado

á volar desde que el mundo es mundo docenas y cientos de opiniones sobre el amor; es causa para unos, efecto para otros, dichas sin cuento para éste, innumerables infortunios para aquel, quién le ha llamado alma de todo lo creado y no falta quién diga que amor sólo es el traje que para presentarse en buena sociedad acepta la lujuria. A mi juicio, amor es el ansia de gozar aquellas perfecciones con que la imaginación y el deseo adornan á la realidad y en que creemos ver cumplido el bien que anhelamos, como cree verlo el árabe sediento y fatigado al mirar formarse en el horizonte del desierto el espejismo cuyas imágenes le pintan dulce remanso, sombríos árboles y cristalinas ondas. Al andar, que es el vivir, va desvaneciéndose poco á poco el fenómeno, óptico en un caso, moral en otro, y cuando el término de la carrera llega, ó no se encuentra el oasis, ó es tan distinto del que nos fingió la fantasía, que la razón le tiene por campo monótono y triste, cuando no por erial. Ve, sino, que en la esfera del amor, el mundo sólo conserva memoria de aquellas pasiones que se hicieron célebres por el infortunio de los enamorados: Píramo y Tisbe, Hero y Leandro, Julieta y Romeo, Abelardo y Heloisa, Isabel y Diego, Fausto y Margarita, Pablo y Virginia; no hay en cambio recuerdo de pareja á quien haya su ventura eternizado; ni en la historia, ni en la poesía. Será tal vez porque el mundo no para mientes en las dichas y sí sólo en las desgracias ajenas, pero ello es que son muchos los inmortalizados por su triste suerte y pocos ó ninguno los que cobraron fama de su propia ventura.

Pero dejémoslos de historias y leyendas, que como cosas de tradición pueden andar equivocadas, y vengamos á mi experimento.

Yo creía y quise convencerme de que en el ideal la mente se finge encantos tales que jamás en la realidad se ven cumplidos y que aunque así suceda aparecen á nuestros ojos menos hermosos que los pintó la fantasía.

Tuve, allá en otro tiempo, un amigo, porque has de saber que á pesar de no hacer daño á nadie los he tenido, y era éste padre de la más gentil muchacha que pudo concebir el capricho humano: sus facciones guardaban aquella regularidad que, sin detrimento de la gracia, realza la belleza; sus ojos eran grandes como bien perdido, su mirada incierta como amor soñado, y su boca, piñón de grana humedecido en el néctar de los más castos besos, tan chica, que apenas dejaba ver como si fuese de él avara un tesoro de nácares que sólo descubría para dejar paso á una sonrisa más pura que la alegría de la luz, si ella pudiera contemplarse.

Mi amigo, cuyo nombre no hace al caso, deseaba casar á Rosa, éste era el de la chica, con un muchacho que, á decir verdad, ni era bueno ni malo, hermoso ni feo, tonto ni discreto, ignorante ni sabio; un ente, en fin, que parecía la personificación de toda medianía y la encarnación de lo que unos llaman vulgo y otros denominan *todo el mundo*. Rosa amaba como á los diez y seis años se ama, es decir, convirtiendo al ser querido en un modelo de perfecciones, á un joven que para protagonista de novela romántica no tenía precio: era su físico como pudiera desearle el mejor escultor griego para la estatua de un Narciso, y en cuanto á lo moral, ni sentimiento mezquino ni idea pequeña; tal, al menos, creía Rosa, condenada á sufrir horriblemente y puesta en la alternativa de ser desobediente á su padre ó desdichada para toda la vida. Veía de un lado la realidad desnuda y no bella, de otra parte su ideal realizado, y no ya el pensamiento de su mala fortuna, sino que hasta la incertidumbre de su porvenir la mortificaba en gran manera. Vino un día á buscarme, me contó su cuita, su padre al siguiente hizo lo mismo, escuché á entrambos y tras largas reflexiones realicé el plan que había concebido mientras los atendía.

Cité una tarde á Rosa y la partí en dos, completando luego cada una de las dos mitades con lo que la faltaba merced á procedimientos químicos, cuya explicación no hace al caso ni te importa. Conseguí, pues, que en vez de una, las Rosas fueran dos, en un todo iguales á la primera, movidas por los mismos instintos y animadas de los mismos afectos.

Aquella noche, y mientras dejaba aletargada en mi laboratorio á una de las Rosas, acompañé á la otra hasta casa de su padre, ignorante de cuanto yo fraguaba, y allí sabiendo, como sé, que, quien pide un consejo desea que se lo den conforme á lo que proyecta, pues de lo contrario está dispuesto á no seguirlo, me encerré con mi amigo y le dije que, dejando á un lado escrúpulos de la niña, la casase con aquel en quien había pensado, añadiendo que el cariño de un padre amoroso ve más y más claro que la imaginación de una mozuela y que, sobre todo, nada puede el primero discurrir que redunde

en perjuicio de la segunda. Dicho se está que aquel hombre obró como yo le aconsejaba y él quería.

Volvíme luego á casa, llamé á la otra Rosa y le dije:—No es bien que á un tiempo mismo se marchiten en tí las ilusiones, la juventud y la hermosura: tu pobre padre, débil de espíritu y achacoso de cuerpo, quiere verte pronto casada, porque cuando él te falte pueda acorrerte otro; mas es el caso que ve las cosas menos claras que tú, quizá por mirarla á la larga distancia de sus años. El hombre que has elegido, en armonía con tus inclinaciones, te hará dichosa: sal de esta estancia, atraviesa el jardín, abre la verja, cruza el camino, y junto á los primeros troncos del bosque le hallarás más ansioso de hacerte venturosa que de ser feliz. Vé en paz, yo preveniré á tu padre; él te perdona; está tranquila, aunque no llegue su bendición á tus oídos, pues por más que los hijos no la escuchen, los padres siempre la dicen de modo que Dios la oiga.

Excuso decirte,—continuó el Doctor,—que su amante la esperaba, pues yo le había citado. Partió la niña, pasó el tiempo, los días sucedieron á los días, los meses á los meses y al cabo de algunos años, no muchos, cuando creí que podría dar fin á mi experimento, llamé á las dos Rosas procurando descubrir en sus semblantes algún indicio de cómo habían vivido.

La casada según su propia elección acudió primero. «¿Cómo te ha ido?—la dije,—¿eres feliz? ¿cuál ha sido tu vida?»—«Cárlos es bueno,—repuso,—me quiere mucho y yo le adoro; renuncié á describiros la alegría que nos produjo vernos juntos y solos; fué tanta, gastamos en gozarla tanto esfuerzo, que apenas si nos queda ya placer para acordarnos de ella; el eco de nuestros primeros besos hizo enmudecer á las aves del bosque como admiradas primero y envidiosas luego de aquellos sonidos escapados de dos almas que parecían gemir de placer al confundirse en una.

Nuestra vida es la paz; una paz que nadie turba: el cariño y la afabilidad de Cárlos para mí son grandes. Yo le amo, como creo que debe una mujer amar á su marido, con un cariño que es consideración y con un respeto que es dulzura; cuido más que de proporcionarle felicidades soñadas en hacer su vida lo menos triste posible; procuro que halle en mí cuanto pueda desear y hago que deseé mucho para dárselo todo; soy con él sumisa y obediente de tal suerte que vea en mí, no la obediencia ciega á lo que una fuerza impone, sino la conformidad de quien reconoce algo superior á sí mismo; no hago nunca á mi esposo responsable de sus genialidades y no procuro para que desista de sus sinrazones sino que llegue á conocerlas; le cuido en sus dolencias de tal suerte que mi solicitud y esmero le hacen á veces no echar de menos la salud para pensar en cómo está asistido; procuro, finalmente, ántes que aparecer á sus ojos sin defectos dejarle conocer alguno y, juntamente, mi afán por corregirme para serle agradable. Por su parte, ya os lo he dicho, me adora y deja que yo lo entienda, de modo que ni un momento pueda ocurrírseme la idea de que él piensa que sea obligación el querer. Consideración y cariño ante las gentes, locura é idolatría á solas, tal es mi Cárlos para mí: me siento subyugada por él gozando en reconocerlo así y trato de ocultárselo algo para que no me llegue á mirar como muy inferior á sí propio. Para no cansaros; entre ambos, son idénticas las aspiraciones, iguales los deseos, conformes los gustos; no tan afines los caracteres que engendren monotonía en la existencia, ni tan opuestos que truequen la vida en batalla y en escaramuzas los días.

Cuando hubo terminado,—prosiguió el Doctor,—yo la dije:—«Tu dicha es pues completa; nada tienes que desear: vuestra posición es tal, que ni puede afligiros la pobreza ni daros la fortuna el vértigo que se siente en las alturas. Bien hice en aconsejarte que te casaras, y tú mejor en seguir mi consejo; ó, á decir verdad, el tuyo propio.—Y sin embargo,—me interrumpió Rosa,—no sé qué me falta, ignoro qué hay en mí que sin tener queja de Cárlos ni desear pretexto que la supla, siento como un anhelo vago, como si me faltara algo, como una necesidad no satisfecha, creciente siempre é insaciable, que me atormenta tanto más cuanto que, desconociendo su naturaleza, mal puedo aplicarla remedio. Tan sólo se me ocurre que acaso yo en los ensueños de muchacha me forjase un fantasma que evocado por la voz de mis caprichos, todos satisfechos, pues nada costaba á mi imaginación acceder á lo que ella se pedía, me encuentro ahora con que Cárlos, aún siendo como es, no corresponde á aquel ser misterioso que surgió del fondo de mi corazón para viva satisfacción de mis antojos.—Eso es,—la dije yo,—pero pues gozas cuanta dicha puede darte tu esposo, por su voluntad y su índole, bueno será

que te conformes, ya que no tienes cosa mejor que hacer.—Ella que era discreta calló y nos separamos.

Tras esta Rosa vino la otra y repetí mis preguntas: ¿Cómo te ha ido? ¿eres feliz? ¿cuál ha sido tu vida?

«Roque, me contestó ella, no puede ser mejor ni yo tampoco hacer más para agradarle: el que supuse tirano doméstico, hombre grosero, vulgarote, zafio y mal educado, es sensato, afable, cariñoso y culto. No es su inteligencia poderosa como mirada de águila, ni su carácter prueba de esa entereza que toma origen en una excepcional grandeza de alma, pero el buen sentido y el corazón franco y leal suplen, sin que continuamente se las eche de menos, aquellas otras perfecciones. Comprenderéis, por tanto, que solícito él en hacerme dichosa y no empeñada yo en ser desgraciada, mi existencia es tranquila como sueño de niño y pura como agua de montaña. En la vida práctica es donde veo el empeño de Roque porque nada me falte de aquello que supone pueda yo necesitar: si creo que sus gustos sencillos se avienen mal con mis aficiones, un tanto dadas á eso que los predicadores llaman pompas y vanidades del mundo, se doblega gustoso á mis caprichos, siempre que éstos en nada puedan perjudicarnos, y si mis ambiciones le parecen injustificadas, pues yo alguna vez las manifiesto así para ceder luego á sus consejos, con tal dulzura me contraría que, á ser ellas ciertas, de fijo las olvidaría, gozando más en el cariño demostrado al negarlas que con su impremeditada y fácil concesión. En su manera de ser, la discreción ocupa el puesto de otras cualidades, quizá más raras pero no tan preciosas, y Roque, en fin, me hace pensar en lo horrible que debe ser el matrimonio con un hombre inferior á él, sin que se me ocurra darme á la desesperación porque haya otros más perfectos.»

Te doy la enhorabuena,—la dije yo, añadiendo,—esa es la recompensa de haber obedecido á tu padre.—Mas ella continuó:—«Es el caso que, á pesar de todo, me acuerdo algunas veces, muchas, ¿á qué negarlo? de aquel Carlos hermoso, inteligente, alto, en todo grande, en todo noble, que hubiera hecho de mis días poemas de felicidad; y el pensar en él, sin que por supuesto en nada ofenda á Roque, es tal delicia, que ni se cansan los ojos de adorar su visión gratísima, ni en mi mente se debilita jamás un sentimiento confuso de dulce pesar que parece esperanza en dicha imposible y recuerdo de goce no cumplido.»

Callaron las dos Rosas, medité un momento, llevélas luego al laboratorio, adormecí sus almas y, cerrando sus ojos, las volví á su primer estado; quiero decir que suprimiendo las dos mitades por mí creadas, reconstituí la Rosa primitiva. La hice renacer dejándola memoria de sus dos distintas existencias y la dije:—Eres libre, puedes seguir á quien te plazca; tu doble pasado es un sueño, mas también un aviso cierto de tu vida futura; ó Roque ó Carlos.—Y entonces ella, sin vacilar siquiera dijo:—Roque; con él la realidad me parece menos amarga de lo que yo creí y á su lado tendré siempre el consuelo de pensar en ese ideal que nadie alcanza, no tal cual es, sino como yo me lo figuro.

Y tenía razón, terminó el Doctor; que alcanzar una dicha es perder la esperanza de lograrla.

JACINTO OCTAVIO PICON

NOTICIAS GEOGRAFICAS

El Congreso de geógrafos alemanes reunido últimamente en Halle, ha adoptado las resoluciones siguientes:

- 1.ª Que se considere la geografía como una rama indispensable de la enseñanza en todas las escuelas superiores;
- 2.ª Que se adopte el sistema métrico;
- 3.ª Que las sociedades científicas formen un catálogo completo de todas las obras relativas á las ciencias geográficas.

El día 1.º del pasado agosto ha empezado en Göttinga la serie de observaciones magnéticas que, por espacio de catorce meses, han de efectuarse el 1.º y el 15 de cada mes á las mismas horas que las de las expediciones internacionales enviadas á los polos Norte y Sur. Su objeto principal es el de averiguar el estado magnético de la tierra.

En París se verificarán también experimentos sobre la intensidad magnética, en un pabellón de madera y ladrillo, sin la menor partícula de hierro, construido en el jardín del Observatorio.

Los ingleses no se dan tregua en la tarea de dilatar sus dominios, eligiendo, con el tacto que los distingue, los lugares en que establecer sus nuevas colonias. Últimamente han comprado á un jeque llamado Osman, un territorio situado al este de Aden, en las costas del mar de Oman, donde se proponen fundar una ciudad. Han

querido trasportar á la ciudad en creación algunos habitantes de Aden, una parte de los cuales ha emigrado á Moka, Hodeida y Djeddah.

En la isla de Cerdeña se ha descubierto una caverna llena de estalactitas, que, según resulta de las primeras exploraciones, parece constar de quince galerías de extensión extraordinaria: su estructura es por demás magnífica y sorprendente, habiendo columnatas que parecen de mármol blanco, pavimentos como de basalto finísimo y una riquísima variedad de colores y matices en todos sus ámbitos. Esta gruta se halla á orillas del mar cerca de Dorgali.

NOTICIAS VARIAS

En París se imprimen 1341 periódicos. De estos, 209 son financieros y comerciales, 88 pertenecen al número de las publicaciones ilustradas, 19 tratan de Bellas Artes, 10 están consagrados á ferro-carriles, 38 son pedagógicos ó de educación, 61 tratan de jurisprudencia, 81 de modas, 97 de medicina, 30 de literatura, 17 de ciencias militares y 71 de política. Defienden la religión é intereses católicos 64; los protestantes 24; los judíos ó israelitas 2. Al teatro se dedican 13, á la viticultura 8, á la fabricación del papel 6, á las ciencias 41 y á las agencias de matrimonios 2. Entre los restantes los hay para la aeronáutica, y últimamente ha cesado en su publicación uno destinado á hacer la guerra á los porteros. Se llamaba *L'Anti-Concierge*.

En el año 1621, por vía de ensayo sembráronse en los Estados Unidos norte-americanos las primeras semillas de algodón. En 1748 se exportaron de Charleston siete pacas de algodón; en 1764 ocho de Nueva-York y tres en 1770 del mismo puerto. Actualmente, es decir, poco más de un siglo después de la primera plantación, los Estados Unidos exportan el asombroso número de cinco millones de balas.

Una sola casa italiana que exporta á Alemania legumbres, frutos, volatería y huevos desde Italia, carga actualmente más de 5,000 wagones de estos géneros, y ha contratado este mismo número para la temporada actual con la administración del ferro-carril del San Gotardo.

CRONICA CIENTIFICA

EL CONDENSADOR PARLANTE

Poco tiempo después de la invención del teléfono, los Sres. Pollard y Garnier combinaron un aparato bastante singular al que dieron el nombre de *Condensador cantante*, y que consideramos necesario describir para explicar cómo se ha conseguido hacer que *hable*.

Compónese de un pequeño condensador común formado de unas treinta hojas de papel superpuestas, por ejemplo, de papel de cartas, entre las cuales se colocan veintiocho hojas de estaño, puestas de tal modo que todas las hojas pares corresponden entre sí con uno de los extremos del cuaderno que forman y las hojas impares con el otro extremo. Se liga su conjunto cubriéndolo, encuadrándolo, por decirlo así, con dos cartones, y se fijan dos bornas de cualquier modo en los extremos de unión de las hojas de estaño. Hecho esto se adaptan á dichas bornas las dos puntas del hilo inducido de una pequeña bobina de Ruhmkorff. El hilo inductor va unido á una pila y á un trasmisor de Reiss que, cuando se canta delante de la placa, interrumpe la corriente cierto número de veces por segundo, según el tono de la nota emitida á la embocadura del trasmisor. Por efecto de estas interrupciones, desarróllanse en el hilo fino de la bobina corrientes inducidas muy enérgicas que hacen cantar al condensador, con bastante fuerza para que se le oiga en una sala.

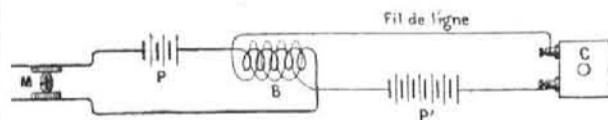


Fig. 1.—Montaje de una estación telefónica con condensador parlante de M. Dunand

Sustituyendo el trasmisor de *interrupciones* por otro de carbon ó un micrófono, como las corrientes que atraviesaban por el hilo inductor no las sufren ya, sino que son *ondulatorias*, las corrientes inducidas que se desarrollan en el hilo fino de la bobina no ejercen acción alguna en el condensador, que subsiste silencioso.

Ahora bien; el doctor Cornelio Herz por una parte y M. Dunand por otra, han conseguido hacer *hablar* al condensador, obligarle á reproducir todos los sonidos articulados, exactamente como un teléfono Bell, adaptado á un trasmisor de carbon.

Veamos en qué consiste el *condensador parlante* de M. Dunand, cuya descripción es la que motiva este artículo.

Para ello, expongamos ante todo, en pocas palabras, las disposiciones del conjunto del sistema, que se indican con toda claridad en el diagrama, figura 1. En la estación transmisidora hay colocados en el mismo circuito un micrófono M, una pila P y el hilo inductor de una

pequeña bobina B sin condensador: el hilo inducido de la bobina B comunica con la línea y con una pila de pocos elementos P', estando adaptados los extremos libres á las armaduras de un pequeño condensador C que

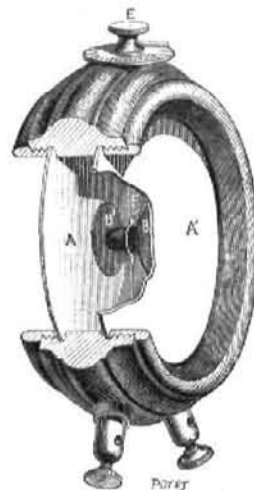


Fig. 2.—Micrófono de torsión

constituye el receptor. Hablando delante del micrófono, se hace variar ondulatoriamente la intensidad de la corriente inductora, se desarrollan en el hilo fino de la bobina corrientes inducidas que hacen variar la carga del condensador, y estas cargas y descargas del condensador le hacen hablar, sin que todavía se haya podido explicar satisfactoriamente la causa del fenómeno.

La pila P es indispensable para que el condensador articule; las corrientes inducidas desarrolladas en el hilo se agregan ó segregan de la corriente de la pila; la carga del condensador cambia de valor, pero conserva siempre el mismo sentido. Esta es, hasta la presente, la condición *sine qua non* del condensador parlante, y todos los montajes que la reúnen le dan la facultad de articulación en mayor ó menor grado.



Fig. 3.—Condensador parlante arreglado para oír con ambos oídos á la vez

Ocupémonos ya de la forma práctica de los aparatos.

El micrófono empleado por M. Dunand tiene una forma nueva que parece ofrecer algunas ventajas. Compónese (fig. 2) de dos placas metálicas A A', encajadas en una anilla de madera, de modo que forman una caja herméticamente cerrada, en la cual está el sistema microfónico resguardado del aire y del polvo que con frecuencia ensucian los contactos de los micrófonos ordinarios. Cada una de estas placas lleva un disco de carbon BB' pegado en su centro. Entre uno y otro disco hay un pedacito de carbon en forma de aceituna y de

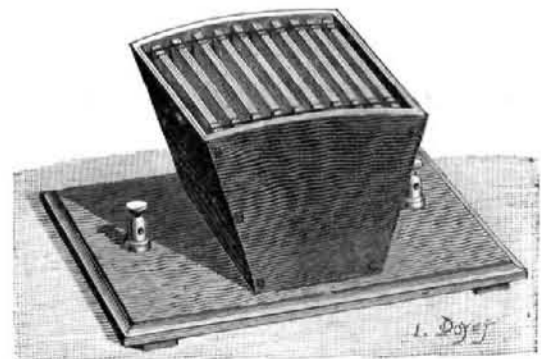


Fig. 4.—Condensador de abanico

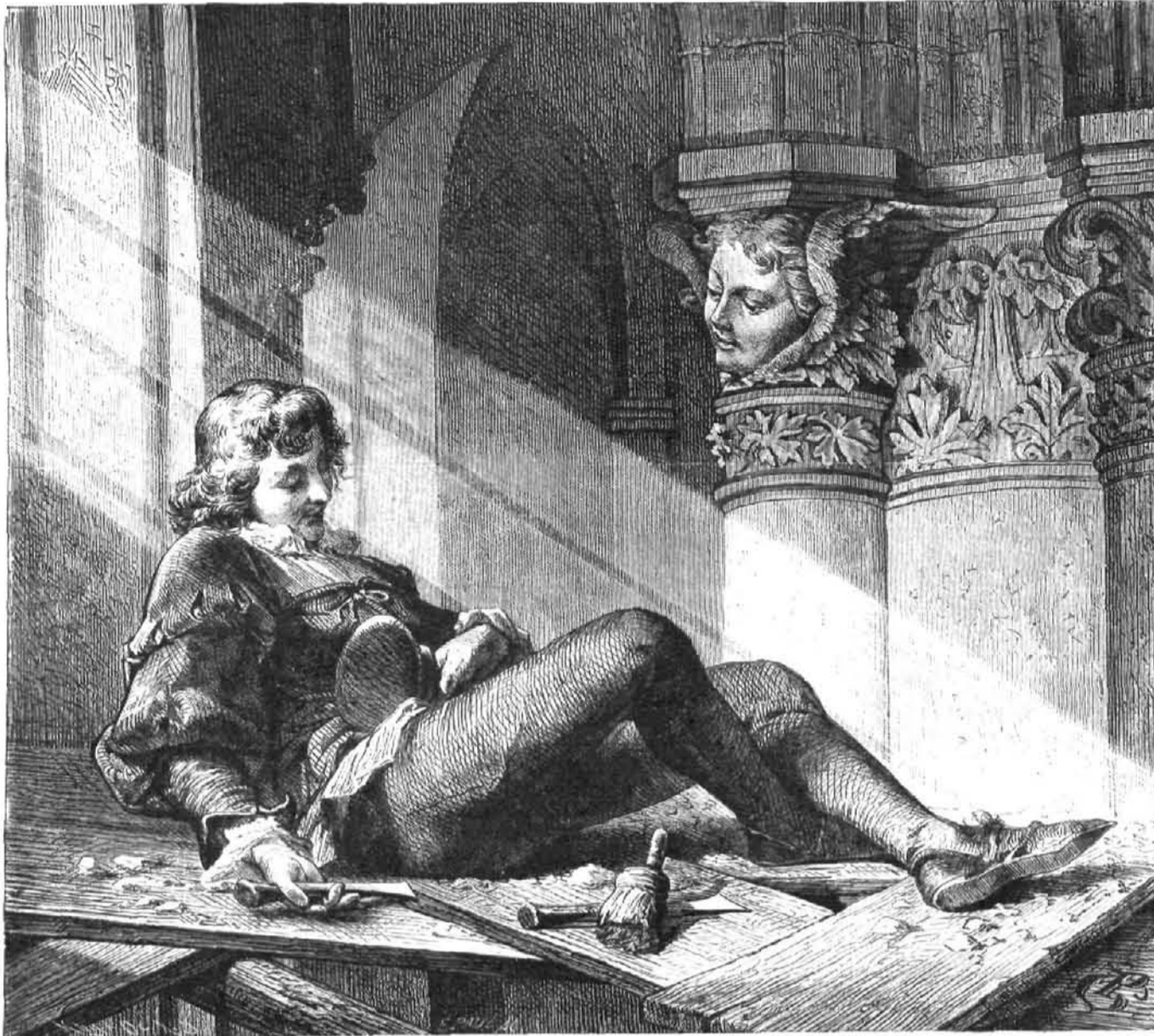
longitud un poco mayor que la distancia entre las caras internas de los discos de carbon. En la parte media de dicho pedazo de carbon hay enrollado un alambre de latón, teso en sentido diametral, sujeto á la anilla de

madera por uno de sus extremos y adaptado por el otro á un boton E. Retorciendo más ó ménos este alambre, se aplica el carbon en forma de aceituna con mayor ó menor fuerza contra los dos discos, y se hace el micrófono más ó ménos sensible. Un índice fijo en el boton E se mueve sobre un círculo con divisiones, graduándose fácilmente con él la torsion del hilo para adecuar la sensibilidad del aparato á la naturaleza de los sonidos que se quiere transmitir. Producense las variaciones de resistencia hablando delante de una de las placas, y dos personas que hablen, una delante de A y otra delante de A' pueden transmitir un duo que el aparato receptor reproduce con exactitud y limpidez, sin que obste para ello la insuficiencia de los que hagan el experimento.

La pila P se compone de cuatro elementos Leclanché, montados dos en tension y dos en cantidad.

La bobina B consiste en un hilo inductor de medio ohm de resistencia y de un hilo inducido de 250 á 300 ohms.

La pila P' que sirve para cargar los condensadores receptores, se compone de un número variable de elementos Leclanché, segun sea el de los condensadores receptores empleado. Cuando estos sean dos (fig. 3), bastan de seis á ocho elementos; con el receptor de abanico (fig. 4), compuesto de doce condensadores distintos, montados en derivacion, se necesitan de 12 á 15 elementos, y entonces se puede oír la palabra á más de un metro de distancia.



EL SUEÑO DEL PICAPEDRERO, dibujo de P. Grot-Johann

Todos los condensadores pueden servir de receptores, pero no todos producen efectos tan claros; los que han dado mejores resultados no tienen más que seis centímetros de lado. El modelo más sencillo se compone de treinta á treinta y seis hojas de papel de estaño separadas por otras de papel ordinario ó parafinado. Una planchuela de madera ó de ebonita, con un agujero en medio, aplicada á cada cara, da solidez al conjunto. A veces

brante, como en los teléfonos ordinarios de placa metálica.

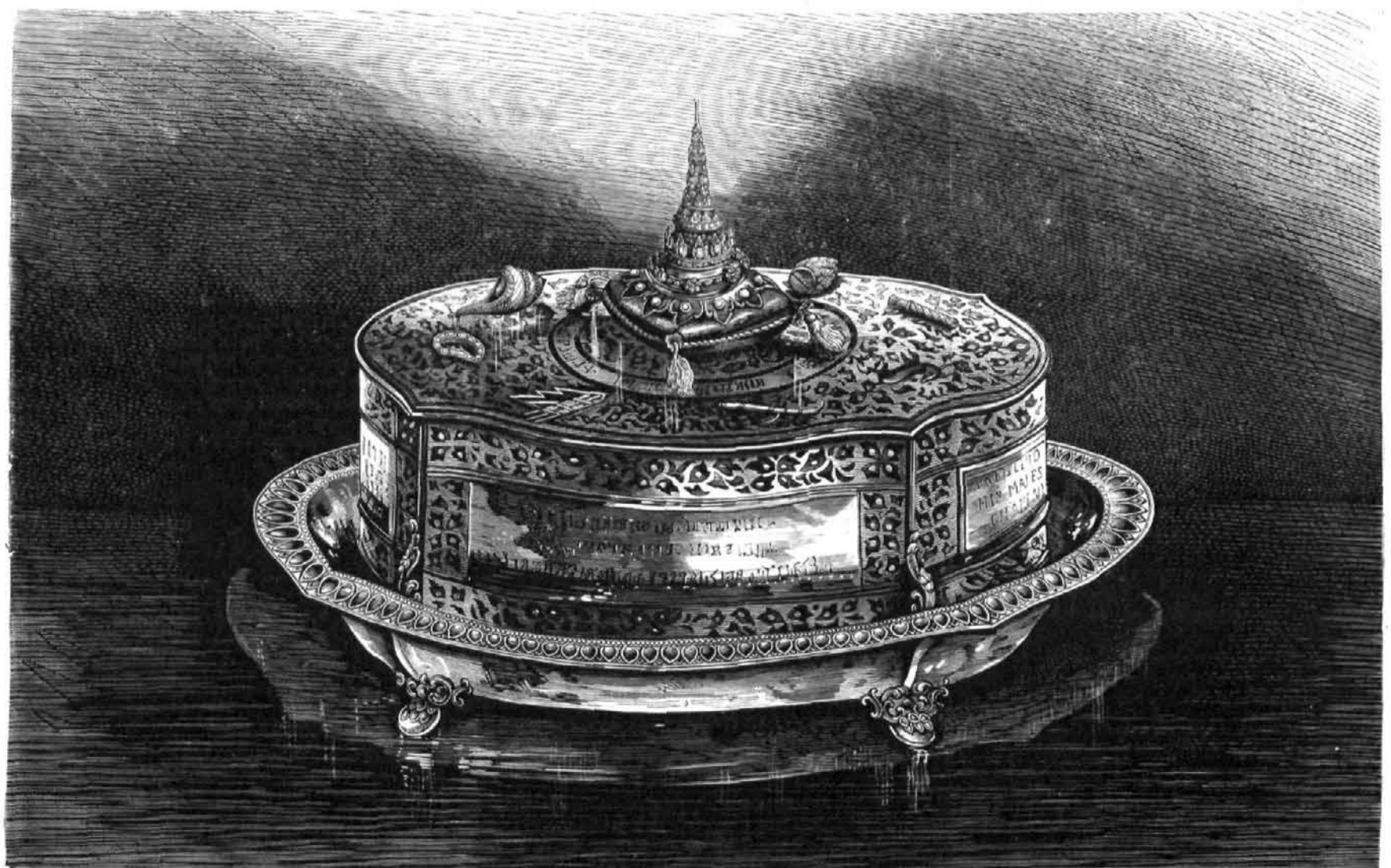
En suma, los resultados obtenidos por M. Dunand son muy interesantes, puesto que, segun acabamos de decir, se puede oír ya el condensador parlante á cierta distancia; siendo de esperar que este físico no se detenga en el camino emprendido, y que perfeccionará aún más tan útiles aparatos.

una de estas lleva un tubo de goma, de modo que pueden oír el aparato dos personas á la vez, ó escuchar una sola persona con ambos oídos. M. Dunand ha hecho también uso de dos condensadores en derivacion unidos por un ligero muelle que el oyente se pone en la cabeza, como se representa en la figura 3.

Cuando se quiere que oigan el aparato muchas personas á un tiempo, Mr. Dunand se vale de un receptor en forma de abanico (fig. 4), compuesto de dos pequeños condensadores montados en derivacion, colocados en la parte superior de una caja abierta y separados entre sí por intervalos casi iguales á su espesor.

En tales condiciones, y con quince elementos Leclanché puestos en P' (figura 1), se puede oír el condensador á más de un metro de distancia, y con treinta elementos se distingue la voz en un radio de cinco á seis metros.

El condensador usado como receptor telefónico se caracteriza por la claridad y exactitud del timbre de la voz, no adulterado por el sonido propio de la placa vi-



JOYERO DE ORO ESMALTADO, regalado por el rey de Siam al príncipe heredero de Prusia

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria



LLAMAMIENTO DE LOS GIRONDINOS EL 30 DE OCTUBRE DE 1793. (CUADRO DE F. FLAMENG)

